

## ALGUNOS PERFILES DEL SEVILLANO \*

POR SEBASTIAN GARCIA DIAZ

Esta hermosa ciudad, tan agredida y tan superviviente, clara y clásica en sus referencias urbanas, difícil y equívoca en su definición última, acoge a unos hombres de muy disperso talante, y de engañosa convocatoria, unidos por una sutilísima hebra de identidad, y quebradizos como colectivos.

Del sevillano no puedo hablar con desasosonamiento, puesto que soy sevillano en ejercicio. Pero creo que son evidentes una serie de datos a los cuales nos podemos referir de una manera objetiva: El sevillano es producto de una complejidad genética remansada; no se trata de un espécimen puro. Han sido muchas las avalanchas de distintas razas que han pasado por este valle del Guadalquivir, y todas o casi todas ellas se quedaron el suficiente tiempo para hacer un surco biológico estable; por eso el sevillano en su entramado genético se enriquece de cromosomas romanos, griegos, árabes, judíos, godos, germánicos y celtas sobre su matriz tartésica, y de ahí la indefinición del tipo del sevillano. Por fuera nos despachan con el tópico del individuo moreno y vivaracho: triste esfuerzo perezoso porque el tipo de sevillano no existe.

El sevillano es ante todo una creación estética, artística y espiritual, pero somáticamente sevillanos y sevillanas, los hay con pelo castaño, negro, pelirrojo, con ojos azules, verdes, pardos, negros, los hay de caras serias y de caras jocundas, los hay altos y bajos. No existe la tipología germánica de la raza pura, o la anglosajona, o aquella otra del turco o la característica del egipcio; en el sevillano es posible en un soma completamente variado, una similitud de carácter. A mí me hace mucha gracia cuando un foras-

---

\* Disertación leída el 27 de junio de 1986 (Sesión de Clausura).

tero me dice «el tipo del sevillano lo tengo completamente definido». No, mi ingenuo amigo, el tipo del sevillano es indefinible.

El sevillano por fuera y por encima de esta complejidad genética, de este rico mestizaje va a tener una adscripción, no ya a la propia ciudad, sino a algún pueblo. Son recuerdos de su infancia, vacaciones de su adolescencia, casas de sus abuelos o de sus tíos, en los pueblos de la sierra o en la campiña, en los pueblos de la cercana Huelva (mar, Andévalo y fandangos), de la muy próxima Cádiz, que han entrañado todavía más este rico matiz en lo periférico, que no acarrea un empequeñecimiento, sino una notoria riqueza, porque esta adscripción a las raíces de un pueblo todavía más en contacto con la tierra que la propia Sevilla, crea el fenómeno trascendental del arraigo, identifica el cahiz donde se echaron las simientes: «A mí, decía José Cuadros, lo que me gustaría es ser de aquí, y volver en invierno con pasión de zorzal, a repartirme entre los venturosos abrazos de la gente de este pueblo; porque aquel que no ama la tierra en la que anduvo niño y triste, como tres días de lluvia, no merece el tumulto clavel de la alegría a destiempo».

El sevillano configura con esta veta que se le escapa al pueblo de la infancia, su particular paisaje del alma. El paisaje es esa norma estética de equilibrio perfecto que envuelve al hombre como un ropón de paz y lejanía; por lo tanto el paisaje del alma es refugio seguro para tantas ocasiones de adversidad, tantas coyunturas perplejas ante una decisión dolorosa, tantos abandonos que nos van empobreciendo los afectos. En estos trances necesitamos refugiarnos en el silencio, en el ropón caliente y pacífico del paisaje del alma; cada cual el suyo, y cada uno con un especial aroma, pero siempre enraizado en estos dos grandes barbechos que son la ciudad grande y ancha que nos ha visto crecer, y aquella maroma bien trenzada que nos amarra a un pueblo.

Esta dinámica propicia en el sevillano, quiero creer, un temple que la hace muchas veces (por encima de una exaltación folklórica superficial) un hombre capaz de raciocinio y capaz de síntesis y análisis, hombre *equilibrado* que ve con facilidad lo que la gente en su idioma coloquial llama los pro y los contras, el as y el envés de cada problema. Vivido con otra virtud del sevillano: la sencillez, una sencillez que puede ejercer de muy distinto modo, pero que en definitiva va a sustantivarse en sencillez lineal, muy lejos de los recodos que muchas veces se nos atribuyen. Acontece

que hay dos manera de vivirla: una, sencillez con señorío, y otra, señorío con sencillez, y que muchas veces aquellos que nos observan, cargan la mano en la sencillez valorándonos en menos, o nos exageran el señorío valorándonos en orgullo, sin tomarse la molestia de mirar un poco más profundo, y darse cuenta de que se trata de un fenómeno difícilmente repetible de equilibrio.

Al sevillano no se le escapan los detalles, es hombre de matices. Toda representación artística, cualquier paseo que demos por la calle, por las casas, están llenos de matices, e incluso la juventud actual en el cante, en el toque, en la canción, en el simple discurso, aprecian los matices sobre la sustancia, y a veces de una manera desproporcionada, añadiéndole dramatismo a esta divergencia de matiz, cuando a lo mejor en la cuestión de fondo estamos conforme. ¿Se nos puede considerar finos y fríos en la observación conocida de Miguel de Unamuno? Creo que considerarnos finos y fríos no es más que la manera con que un vasco extraordinariamente sensible y observador, quería expresar esto que yo llamo el equilibrio y la *sencillez* del sevillano. Es una manera noble de definirnos, con una meritoria aproximación a la ladera visible del sevillano.

«La armonía, el tino, la gracia, la medida», enumeraba Manuel Machado, y toda la larga nómina de creadores andaluces que han andado y andan por esta senda justa del equilibrio tenso. Desde el autor anónimo de la epístola moral a Fabio, pasando por Rioja, Lista, Bécquer... hasta los del 27, se podría hacer una antología concorde sobre cualquier tema y, muy particularmente, sobre el tema de su propia ciudad. Al final de la cual comprobaríamos cómo con voces distintas han dicho un mismo sentimiento sereno, hondo, natural y bello, sin dar al pregonero ni los tres cuartos de costumbre: Antonio y Manuel Machado, Prados, Altolaguirre, Izquierdo, Cernuda, Romero Murube, Aleixandre, Montesinos, Mantero, Caro, Requena, Duque... tantos cuyas obras son testimonio de elegante ponderación. Incluso los poetas más coloristas de la región (Alberti, Lorca, Pemán) nos dejan, cuando pasa el estremecimiento sensorial de sus imágenes, sabor de gesto cumplido. Igual en Falla y Turina; lo mismo en Velázquez, Murillo, Valdés Leal, Zurbarán, Pacheco. Sólo los imagineros: Pedro Roldán y su hija, Martínez Montañés, Juan de Mesa, se extreman en las tallas y retablos de barroco andaluz.

Pero es que los ojos tienen en esta tierra tantas sollicitaciones,

que había que ofrecerles imágenes y claroscuros patéticos para penetrarlos de emoción. Aún así, el barroco encierra una difícil armonía equidistante, que exige complementos muy ajustados para llegar al tino y la mesura; si no se logra, el andaluz instintivamente lo rechaza o lo margina. No es que los sevillanos sean finos y fríos (y volvemos otra vez a Unamuno), sino que esa apariencia es el resultado de muchos siglos y empeño en lo justo, lo bello y lo armónico. Dejemos la palabra a Luis Cernuda, de cuya sensibilidad no cabe discrepancias: «Poseía cuando niño una ciega fe religiosa. Quería obrar bien, más no porque esperase un premio o temiese un castigo, sino por instinto de seguir un orden bello establecido por Dios, en el cual la irrupción del mal, era tanto un pecado como una disonancia».

Sí, esa disonancia a evitar a cualquier precio nos lleva en contraste a la musicalidad del sevillano. Entiéndaseme bien, no se trata de su mayor o menor sensibilidad para la música, sino que las obras y las cosas sean tan encajadas y sucesivas que entren en el compás de la música. Cualquier prosa de Halcón, Rosales, Montesinos o Gala tienen un ritmo interno, inmodificable, redondo, en el que no se puede introducir palabras, ni comas, sin romper la armonía del párrafo; la cadencia de los buenos escritores andaluces no necesita el verso para expresar poesía. Y llamo musicalidad a ese fenómeno que también apreciamos en los estamentos más populares, del silencio, en circunstancia en la que los comentarios con la palabra se quedarían necesariamente mezquinos, inexpressivos o incluso impertinentes.

Venimos estableciendo estas tres características ungidas del sevillano: la *armonía*, la *musicalidad* y, por último, el *intimismo*. Bien se aprecia que la musicalidad solícita, provoca, sugiere, hace necesaria la intimidad. No de otra manera se comprende la arquitectura popular andaluza: El zaguán, los patios, el patinillo, la galería, el cierro, la vela, la azotea, todo un microcosmos de sol, aire, lluvia y flores para ser disfrutado en la medida exacta del hombre y de los suyos. Lejos y disarmónica la solución de la colmena, esos edificios sin rostro y sin afiliación, en donde la sociología moderna nos apiña en una comercializada lucha por el metro cuadrado, y a la que los sevillanos se acogen por necesidades de vivir cómodo y consumista; para escapar cuando pueden a instalaciones periféricas, de pequeñas urbanizaciones o chalets, en donde reencuentran, entre otras, la ilusión de vivir de nuevo, la intimidad del geranio, la reja, el sosegado soñar y el ensimismamiento.

Como complemento pendular, quizás como consecuencia de ese intimismo, el sevillano es hombre de agilidad, de agilidad de espíritu: pasa de un asunto a otro, de una alusión a otra, de una sugerencia a otra, y esto va a crear una especie de entendimiento en clave: el sevillano y el andaluz, en general, se produce mucho en clave, hasta tal punto que uno de fuera de la región, incluso de fuera de la ciudad, si no tiene el sevillano (que normalmente la tiene) la cortesía de suprimir la clave, va a sentirse fuera de juego en la conversación porque hay muchas frases de doble sentido, valores sobreentendidos, alusiones conocidas, transposiciones de ideas que uno ya las da, en el círculo de amigos en que se producen. Este hablar en clave significa en su análisis último la defensa de otra de las características perfileñas en el sevillano: el extraordinario sentimiento del ridículo que soporta el sevillano y que le hace que muchas veces se nos aparezca como alejado, tímido, silencioso, hablando con el hombre que siempre va consigo, en un sentido poderoso de su propio tesoro o de su propia pobreza. Por el camino del pudor o la ensoñación, tantas veces la puerta evasiva de este pudor. Porque la cura del ridículo es la ensoñación. Y esto justifica la plétora de poetas de Sevilla y de su entorno, que de manera constante ayer, hoy, mañana con toda certeza, va llenando de buena poesía, de poesía liberadora las colecciones domésticas y nacionales.

El sevillano se deja llevar por la *pereza* —no sería un buen mestizo si no fuera perezoso—. Y mestizo, que además tiene que soportar casi todo el año o, al menos, una parte importante del año, una climatología de temperaturas altas, y esto le facilita la inclinación a la indolencia, que alcanza hermosas estrofas en Manuel Machado. Pero al mismo tiempo es ágil. Como también el mestizaje le provee de fantasía, genera una mezcla de pereza más improvisación que es ciertamente admirable, pero que muchas veces es irritante. Falta de constancia en el trabajo, de perseverancia en la obra, de remate y adorno en la labor emprendida que el sevillano con tanta frecuencia deja a medio hacer o solamente empezada, se apunta en el pasivo de esta pereza; y para taparla hay el expediente de la improvisación, la extraordinaria gracia y agilidad con que ante una emergencia es capaz de improvisar una excusa graciosa o válida, o fácticamente posible hace que sea, al fin y al cabo, un producto, hablando el idioma materialista, de poca rentabilidad. Si este mestizo singular que es el sevillano, tuviera el

sentido práctico del catalán o la disciplina de trabajo diario del gallego, o el tesón sumiso y perseverante del castellano viejo, entonces seríamos una región con pocas lacras que exhibir, pocas reivindicaciones que hacer, y estaríamos muy a la cabeza en cualquiera de las estimas económicas, artísticas o sociológicas. Esta doble tentación de la pereza y de la *improvisación*, que lleva acarreada la falta de perseverancia, es una connotación del sevillano sobre la que yo no quiero hacer juicio moral.

Singulariza a nuestro hombre el habla. Por muchas desfiguraciones a que esté sometida la expresión actual, por muchos modismos anglófilos y francófilos y de argot con que se nos trata de someter desde los medios de comunicación intensivos, como la TV o los baratos como los «comics», este habla del sevillano (el especial seseo de su pronunciación) es importante cómo subraya lo principal y cómo suprime lo accesorio, costumbre y musicalidad ribereña, criolla que redondea los ángulos agudos del lenguaje, para establecer una vía de comunicación deslizante, que al fin y al cabo es un puente, y este puente puede remediar al sevillano y tantas veces lo redime de la soledad.

Y a pesar de que este hombre nuestro transita por la soledad con gustoso acostumbramiento. No olvidemos que la figura representativa del sevillano va a consistir de una manera u otra en un *hombre solitario*: La soledad del nazareno prolongada en el agudo capirote que ennorta hacia el cielo, la soledad del caballista campero y avisor en el llano, que todo lo que sus ojos ven puede recorrerlo sus pies y tocarlo sus manos, la soledad dramática, artística y estremecedora del torero en el trance de la verdad, la soledad del hombre de campo, en la trilla, en el pastoreo, la soledad del escritor andaluz, fundamentalmente el poeta, desde aquella de José María Izquierdo, divagando por la ciudad de la gracia hasta la de Manuel de Falla, solo en su carmen granadino, creando la noche en los jardines de España.

Pero el sentimiento de la soledad se puede desglosar en un auténtico rosario de soledades; desde la soledad creadora, aquella que precede el trance de crear desde un cuadro hasta un soneto; la soledad vacía, el anonadamiento, la negación, el encontrar los callejones del alma sin cal y sin guijarros. Desde la soledad por abandono que tantas veces lleva a evasiones autodestructivas, hasta la soledad por falta de aporte de los sentidos, agresiva e hirsuta del sordo, v mansa, resignada v nlañidera del ciego. El pasmo de

la soledad del que sufre; los demás nos acompañan en nuestro dolor, en nuestra pena, pero el sufrimiento es intransferible, no se puede vaciar como un gran depósito de agua y va dando vueltas concéntricas y espirales, alrededor del cristal del espíritu que sale mucho más brillante después de la prueba o que termina, a pesar de su dureza, reducido a polvo.

Desde la soledad voluntaria de Monjes y anacoretas que quieren afilar el sentido para escuchar la voz de Dios, hasta esa otra soledad multitudinaria que padecemos en nuestros días, en la que el hombre singular con un perfil propio camina en medio de un rebaño de consumidores formando una masa interminable en la que es muy difícil el proceso de identidad personal, dintel de la soledad sonora. Por eso quizás el sentimiento del miedo a la soledad que se va instalando cada vez más en los hombres de estructura mental simple, falto de diálogo con esa otra persona interior o con ese otro amigo necesario y afín. ¡Qué lejos nos queda la soledad de El Greco cuando Marco Clovio lo encontraba en una Venecia estallando en luces y primavera en el rincón más oscuro de su estudio, la larga mano sobre los ojos y la respuesta pronta: «Es que mi luz está dentro de mí»!

Me ayuda a trascender en vuelo esta vida de prosa, una poetisa adolescente:

*Vuelvo atrás y miro al frente  
Escucho, y tu silencio lo domina todo  
Está sobre el vaivén de cada día  
Está sobre el monótono tumulto de palabras,  
Está sobre ese estruendo de cuerpos y de goces que no cesan.  
Y voy como quien va sobre las alas:  
Sin peso y sin distancia.  
Contigo a solas, soledad.*

¿Que el sevillano y el hombre de nuestros días en general está siendo expropiado de esta fecundísima soledad? Ciertamente, pero esto es ya otro cantar, o mejor: estrofa patética de un cántico nuevo.